

# UN DIOS EN RUINAS

Kate Atkinson

---

## Fragmento

Para Reuben

Un hombre es un dios en ruinas. Cuando los hombres son inocentes, la vida es larga y da paso a la inmortalidad con la misma suavidad con que despertamos de un sueño.

RALPH WALDO EMERSON, Naturaleza

El propósito del arte es transmitir la verdad de las cosas, no constituir la verdad en sí.

SYLVIE BERESFORD TODD

En cierta ocasión [san Jorge] fue a una ciudad llamada Salem, cerca de la cual había un dragón que tenía que ser alimentado diariamente con un ciudadano escogido al azar.

El día que san Jorge llegó allí, la suerte había recaído en la hija del rey, Cleolinda. San Jorge resolvió que aquella doncella no debía morir y fue en busca del dragón, que vivía en un pantano vecino, y lo mató.

Cuando se le presentaba una dificultad o un peligro, por grande que pareciera — incluso en la forma de un dragón—, ni lo esquivaba, ni lo temía, sino que le hacía frente con todas sus fuerzas y las de su caballo. Pese a que no iba armado adecuadamente, pues solo contaba con una lanza, se arrojó sobre el dragón e hizo lo que pudo, y por fin venció la dificultad que nadie se había atrevido a arrostrar.

He aquí exactamente cómo deben enfrentarse los scouts a las dificultades y a los peligros, sin tener en consideración cuán grandes y terroríficos puedan parecer, o lo mal equipados que se encuentren para hacerles frente.

ROBERT BADEN-POWELL, Escultismo para muchachos

30 de marzo de 1944

El último vuelo

Naseby

Fue caminando hasta el seto que señalaba el final del aeródromo.

Un rito ancestral como el de recorrer los límites de la parroquia para rogar la protección de sus fieles. Los hombres lo llamaban su «paseo cotidiano» y se inquietaban cuando no lo daba. Eran supersticiosos. Todo el mundo lo era.

Más allá del seto había campos desnudos arados el otoño anterior. No esperaba ver la alquimia de la primavera, contemplar cómo la tierra apagada y marrón se volvía de un verde reluciente y luego de un dorado pálido. Un hombre podía llevar la cuenta de su vida según las cosechas que había recogido. Él ya había visto bastantes.

Estaban rodeados por tierras llanas de cultivo. La casa de labranza en sí se alzaba a la izquierda, cuadrada e inamovible. Por las noches, una luz roja brillaba en su tejado para impedir que se estamparan contra ella. Si volaban por encima cuando se disponían a aterrizar, sabían que se habían pasado de largo y tenían problemas.

Desde allí veía a la hija del granjero en el corral dando de comer a los gansos. ¿No había una canción infantil que hablaba de eso? No, pensaba más bien en otra, en la de la esposa del granjero que cortaba la cola a los ratones con un cuchillo de trinchar. Una imagen horrorosa. Pobres ratoncitos, pensaba de niño. Ahora que era un hombre aún lo pensaba. Las canciones infantiles hablaban de temas brutales.

Aunque no había tratado a la hija del granjero ni sabía su nombre, le tenía un cariño desproporcionado. Siempre les hacía un gesto de despedida con la mano. A veces la acompañaba su padre, y en un par de ocasiones su madre, pero la presencia de la muchacha en el corral era una constante en cada ataque aéreo.

La chica lo vio y agitó una mano. En lugar de contestar, él le hizo el saludo militar. Imaginó que eso le gustaría. Por supuesto, a esa distancia, no era más que un uniforme. Teddy solo era uno más entre muchos.

Silbó para llamar al perro.

1925

«Alouette»

— ¡Mira! —exclamó él—. Allí..., una alondra. —Levantó la vista y advirtió que ella no estaba mirando donde debía, así que señaló e insistió—: No, allí. —Era un desastre de mujer.

—Oh —dijo ella por fin—. Sí, allí, ¡ya la veo! Qué raro..., ¿qué hace?

—Planea, y probablemente luego volverá a ascender.

La alondra se elevó en el aire y entonó su canto trascendental. Su vuelo vibrante y la belleza de su música despertaron en él una emoción profunda e inesperada.

—¿La oyes?

Su tía se llevó una mano a la oreja con un gesto teatral. Se la veía tan fuera de lugar como un pavo real, tocada con aquel curioso sombrero, rojo como un buzón y con dos grandes plumas de cola de faisán que se mecían con el más leve movimiento de cabeza. No sería sorprendente que alguien le pegara un tiro. «Ojalá», pensó. Teddy tenía permitidos —o se permitía— esos pensamientos brutales siempre y cuando no los pronunciara en voz alta. (Según su madre, los buenos modales constituían «la armadura que hay que volver a ponerse cada mañana».)

—¿Que si oigo qué? —preguntó por fin su tía.

—El canto —contestó él con tono de impaciencia—. El canto de la alondra. Ahora ha parado —añadió al ver que ella aún hacía como que escuchaba.

—Podría volver a empezar.

—No, no puede ser. Ya no está, se ha alejado volando. —Hizo aspavientos con los brazos para ilustrar sus palabras.

Pese a las plumas que llevaba en el sombrero, era obvio que su tía no tenía ni idea de pájaros. O, ya puestos, de ningún animal. Ni siquiera poseía un gato. Mostraba indiferencia ante Trixie, su perra cazadora, que en ese momento recorría la zanja reseca junto a la carretera olfateando con entusiasmo. Trixie era la compañera más incondicional de Teddy y estaba con él desde que era un cachorro, cuando su pequeño tamaño le permitía pasar por la puerta de la casa de muñecas de sus hermanas.

¿Se suponía que él debía instruir a su tía? ¿Por eso estaban allí los dos?

—La alondra es famosa por su canto —comentó—. Es precioso.

Por supuesto, era imposible dar lecciones a nadie sobre la belleza. Simplemente estaba ahí. O te despertaba emociones, o no. En el caso de sus hermanas, Pamela y Ursula, sí lo hacía. Pero no en el de su hermano mayor, Maurice. Su hermano Jimmy era demasiado pequeño para la belleza, su padre demasiado viejo, quizá. Hugh, su padre, tenía un disco de gramófono de El vuelo de la alondra, que escuchaban a veces las tardes de los domingos, cuando llovía. Aunque era precioso, no superaba al canto de la alondra en plena naturaleza. «El propósito del arte —decía e incluso inculcaba su madre, Sylvie— es transmitir la verdad de las cosas, no constituir la verdad en sí.» El padre de la propia Sylvie, el abuelo de Teddy, fallecido tiempo atrás, había sido un artista famoso, y el parentesco convertía a su madre en una autoridad en el tema del arte. Y Teddy suponía que en el de la belleza también. De hecho, el Arte, la Verdad y la Belleza llevaban mayúscula cada vez que su madre hablaba de ellas.

—Cuando la alondra vuela alto —continuó comentándole a Izzie sin muchas esperanzas—, significa que hace buen tiempo.

—Vaya, pues no hace falta un pájaro para saber si hace buen tiempo o no, solo hay que mirar alrededor —respondió Izzie—. Y esta tarde es espléndida. —Cerró los ojos, levantó el rostro maquillado hacia el cielo y añadió—: Adoro el sol.

«¿Y quién no?», se dijo Teddy. Quizá su abuela no, pues llevaba una lúgubre vida de salón en Hampstead, con los gruesos visillos de algodón corridos para impedir que la luz entrara en la casa. O tal vez para impedir que huyera la oscuridad.

«El código del caballero», que había aprendido de memoria de Escultismo para muchachos, un libro al que recurría a menudo en momentos de incertidumbre, incluso ahora que ya no estaba en los scouts, estipulaba que «la caballerosidad requiere que se instruya a los jóvenes en el desempeño de los oficios más laboriosos y humildes con alegría y buen talante». Supuso que entretener a Izzie constituía una de esas ocasiones. Laborioso era, desde luego.

Teddy se protegió los ojos del sol con una mano y escudriñó el cielo en busca de la alondra. El ave no volvió a aparecer, y tuvo que conformarse con las maniobras aéreas de las golondrinas. Pensó en Ícaro y se preguntó qué aspecto habría tenido visto desde abajo. Supuso que bastante grande. Pero Ícaro era un mito, ¿no? Teddy ingresaría en un internado tras las vacaciones de verano, y debía empezar a poner sus conocimientos en orden.

—Tendrás que ser estoico, muchachito —le aconsejó su padre—. Será una prueba para ti; supongo que en eso consiste el asunto en realidad —Y añadió—: Más vale que mantengas la cabeza bajo el parapeto. Ni te hundas ni flotes, límitate a chapotear más o menos en medio.

«Todos los varones de la familia fueron a esa escuela», declaró su abuela de Hampstead (su única abuela, pues la madre de Sylvie había muerto tiempo atrás), como si fuera una ley establecida desde tiempos inmemoriales.

Teddy supuso que su propio hijo también iría allí, aunque ese niño existía en un futuro que ni siquiera imaginaba. No era necesario, por supuesto, pues en ese futuro no tendría hijos varones, solo una hija, Viola, algo que le produciría tristeza a pesar de que nunca hablara de ello, y menos aún con Viola, pues se habría sentido ofendida y habría dado rienda suelta a su locuacidad.

Teddy se quedó desconcertado cuando Izzie empezó a cantar de repente y, más sorprendente incluso, a dar unos pasitos de baile.

—Alouette, gentille alouette.

Teddy aún no sabía francés, y le pareció que decía «chantillí», una palabra que le gustaba bastante.

—¿Conoces esa canción? —le preguntó ella.

—No.

—Es de la guerra. La cantaban los soldados franceses. —Aunque cierta sombra fugaz, pena tal vez, apareció en su rostro, al cabo de un instante añadió alegremente—: La letra es horrible. Habla de desplumar a la pobre golondrina. De arrancarle las plumas de los ojos, de las patas, etcétera.

En la guerra inconcebible pero inevitable que un día estallaría —la guerra de Teddy—, Alouette sería el nombre del escuadrón 425, el de los francocanadienses. En febrero de 1944, no mucho antes de su último vuelo, Teddy llevaría a cabo un aterrizaje de emergencia en su base en Tholthorpe, con dos motores ardiendo tras ser alcanzado cuando su avión cruzaba el Canal. Los quebequenses ofrecieron a su tripulación un brandy bastante peleón, que de todas formas agradecieron. Sus distintivos de escuadrón lucían una golondrina sobre el lema «Je te plumerai», que le recordaba aquel día con Izzie. Era un recuerdo que parecía pertenecer a otra persona.

Izzie hizo una pirueta.

— ¡Vaya alondras cazaremos! —soltó, riendo.

¿Se referiría a eso su padre cuando decía que Izzie era «ridículamente inestable»?

—¿Cómo?

—Vaya alondras cazaremos —repitió Izzie—. Es de Grandes esperanzas. ¿No lo has leído? —Durante un instante, Izzie le recordó a su madre—. Pero lo digo en broma, claro. Porque ya no está. La alondra, quiero decir. Ha volado, se ha esfumado —dijo con un absurdo acento cockney, y luego, como quien no quiere la cosa, añadió—: Yo he comido alondra. En Italia. Allí la consideran un manjar. Claro que una alondra no da para gran cosa, solo para un bocado.

Teddy se estremeció. La sola idea de que se arrancara del cielo a aquel pajarito sublime, de que su exquisito canto se interrumpiera en pleno vuelo le parecía horrible. Muchos, muchísimos años después, a principios de los años setenta, Viola descubriría a Emily Dickinson en un curso de historia y cultura americanas que formaba parte de su carrera universitaria. Con su letra garabatosas e indómita, copiaría el primer verso de un poema que pensaría que le gustaría a su padre (era demasiado perezosa para transcribir la breve composición entera). «Divide a la alondra y encontrarás la música / bulbo tras bulbo, envuelta en plata.» A él le sorprendería que Viola hubiese pensado en él. Rara vez lo hacía. Supondría que la literatura era una de las pocas cosas que tenían en común, aunque casi nunca hablaban del tema, si es que lo hacían alguna vez. Teddy consideraría enviarle algo a cambio, un poema o una selección de versos, como medio para comunicarse con ella. «¡Sé bienvenido, jubiloso espíritu! / No fuiste nunca un pájaro» o «Escucha a las alegres aves entonar sus baladas y ensalzar el amor con su canto» o «¡Juglar etérea! ¡Peregrina del cielo! ¿Desprecias acaso la tierra y sus abundantes tribulaciones?» (¿Existía algún poeta que no hubiese escrito sobre las alondras?) Supondría que su hija pensaría que se las daba de entendido con ella. Viola le tendría aversión a aprender cualquier cosa que viniera de él, y posiblemente de cualquiera, de modo que al final se limitaría a contestarle por escrito: «Gracias, es un detalle por tu parte».

Antes de poder evitarlo (se le cayó la armadura de buenos modales), dijo:

—Comerse una alondra es asqueroso, tía Izzie.

—¿Por qué es asqueroso? Comes pollo y alimentos por el estilo, ¿no? Al fin y al cabo, ¿qué diferencia hay? —Izzie había conducido una ambulancia en la Gran Guerra. Las aves de corral muertas no le despertaban muchas emociones que digamos.

Teddy se dijo que había una diferencia inmensa, aunque se preguntó qué sabor tendría una alondra. Por suerte, los exagerados ladridos de Trixie ante algo lo distrajerón de semejante idea. Se agachó para investigar.

—Oh, mira, un luci6n —exclamó para sí, admirado, olvidándose por un momento de la alondra. Lo cogió con suavidad con las manos para enseñárselo a Izzie.

—¿Una serpiente? —le preguntó su tía con una mueca, pues por lo visto aquellos animales no tenían ningún encanto para ella.

—No, un luci6n —insistió Teddy—. No es una serpiente, y tampoco un gusano. En realidad es un lagarto. —Sus escamas de un dorado bronceo brillaban bajo el sol. También era bello. ¿Había algo en la naturaleza que no lo fuera? Incluso una babosa merecía cierta muestra de respeto, aunque su madre no pensara lo mismo.

—Menudo niñito raro eres —comentó Izzie.

Teddy no se consideraba un «niñito». Suponía que su tía, la hermana menor de su padre, aún sabía menos sobre niños que sobre animales. No se explicaba por qué lo había secuestrado. Era sábado, después de comer, y él deambulaba por el jardín, haciendo planes como era debido con Jimmy; entonces Izzie se abatió sobre él para engatusarlo y convencerlo de dar un paseo con ella «por el campo», al parecer refiriéndose al camino que llevaba de la Guarida del Zorro hasta la estación, que difícilmente era un paraje natural con rocas y un río.

—Tendremos una pequeña aventura y charlaremos. ¿A que será divertido?

Y ahora Teddy se había convertido en rehén de sus caprichos mientras Izzie paseaba a su lado haciéndole preguntas extrañas: «¿Te has comido alguna vez un gusano? ¿Juegas a indios y vaqueros? ¿Qué quieres ser de mayor?» (No. Sí. Maquinista de tren.)

Con cuidado, volvió a dejar el luci6n sobre la hierba, y para compensarla por el fracaso con la alondra le brindó a Izzie las campanillas azules.

—Tenemos que cruzar el campo para llegar al bosque —dijo mientras miraba con recelo los zapatos de su tía. Parecían de piel de cocodrilo y estaban teñidos de un verde bastante chillón que ningún cocodrilo que se preciara habría consentido. Se veían nuevos y flamantes, y sin duda no eran adecuados para dar caminatas por el campo. Ya era media tarde y, por suerte, el ganado lechero que pastaba en aquellas tierras estaba ausente. Las vacas, esos animales enormes y anchos de ojos dulces e inquisitivos, no sabrían qué pensar de Izzie.

Su tía se desgarró una manga al subir los escalones para pasar por encima de la cerca y luego se las apañó para hundir un pie forrado de cocodrilo en una boñiga de vaca cuya presencia habría resultado obvia para cualquiera. En opinión de Teddy, la salvó un poco que se tomara ambos percances con una despreocupación y alegría admirables. («Supongo —diría después su madre— que se limitará a tirar ambos artículos a la basura.»)

Sin embargo, para su decepción, las campanillas azules no la impresionaron. En la Guarida del Zorro, la exposición anual de aquellas flores se acogía con la misma reverencia que otras dedicadas a los grandes maestros. Los visitantes eran conducidos con orgullo al bosque para que admiraran el que parecía un interminable

despliegue de azul. «Wordsworth tenía sus narcisos —decía Sylvie—; nosotros tenemos nuestras campanillas azules.» Las campanillas no eran suyas, ni mucho menos, pero su madre era proclive a sentirse propietaria de las cosas.

Cuando emprendieron el camino de vuelta, Teddy sintió un repentino estremecimiento en el pecho, una especie de júbilo en el corazón. El recuerdo del canto de la alondra y el intenso olor a verde del ramillete de campanillas que había cogido para su madre se combinaron para crear un instante de puro arrobamiento, una euforia que parecía indicar que todos los misterios estaban a punto de resolverse. («Hay un mundo de luz —decía su hermana Ursula—, pero las tinieblas nos impiden verlo.» «Ya salió nuestra pequeña maniquea», comentaba Hugh con cariño.)

Por supuesto, la escuela no era una desconocida para Teddy. Su hermano Maurice estudiaba ahora en Oxford, pero cuando estaba interno, Teddy acompañaba a menudo a su madre («mi pequeña carabina») a las entregas de premios y los aniversarios de la fundación de la escuela, y a veces a algo llamado «jornada de visita», durante la cual, un día cada trimestre, se permitía a los padres visitar a sus hijos, aunque no se les animara en concreto a hacerlo. «Se parece más a una institución penitenciaria que a una escuela», se burlaba Sylvie; no se mostraba tan entusiasta como habría cabido esperar ante los beneficios de la educación.

Teniendo en cuenta su lealtad a la escuela donde había estudiado, el padre de Teddy se mostraba reacio a cualquier clase de «visita» a su antiguo lugar predilecto. Siempre había una excusa que explicaba las ausencias de Hugh: que estaba liado con asuntos del banco, reuniones importantes, accionistas quejosos...

—Etcétera, etcétera —murmuró Sylvie, y cuando el órgano de la capilla atacó la introducción de «Oh, Padre de la humanidad», añadió—: Retroceder suele ser más doloroso que seguir adelante.

Eso había sucedido dos años antes, en la entrega de premios del último curso de Maurice. Era subdelegado de su clase, y ese «sub» en el título lo ponía furioso.

—El número dos —comentó echando chispas con ocasión del nombramiento, al inicio de su último curso—. Me veo como un comandante, no como un segundón.

Maurice creía tener madera de héroe, creía ser un hombre que debía liderar a otros en la batalla, aunque se pasaría la guerra siguiente literalmente sentado a un importante escritorio en Whitehall, donde los muertos no eran para él más que inconvenientes listas de cifras. Aquel caluroso día de julio de 1923, nadie en la capilla de la escuela habría imaginado que otra guerra casi le pisaría los talones a la anterior. El dorado aún relucía en los nombres de antiguos alumnos («los honorables muertos») que se exhibían en placas de roble por toda la capilla.

—Pues menudo bien va a hacerles tanto «honor», si están muertos —susurró una indignada Sylvie al oído de Teddy. La Gran Guerra la había convertido en una pacifista, si bien algo belicosa.

El calor en la capilla era cada vez más sofocante y, a medida que la voz del director seguía con su interminable cantinela, el sopor se posaba en los bancos cual película de polvo. El sol que se filtraba a través de los vitrales en las ventanas se transformaba en rombos de colores como gemas, un artificio que no podía sustituir a

la realidad que había fuera. Y ahora a Teddy le tocaría la misma suerte. Aguantar aquello era una perspectiva aburrida.

Llegado el momento, la vida en la escuela no sería tan mala como había temido. Tenía amigos y era atlético, lo que siempre confería cierto grado de popularidad. Y era un buen chico que no daba cuartel a los matones, y eso también lo volvía popular; sin embargo, cuando saliera de allí para ir a Oxford, concluiría que la escuela era un sitio brutal y poco civilizado y que no seguiría la cruel tradición con sus propios hijos varones. Esperaba tener muchos —alegres, leales y fuertes— y lo que obtuvo fue el destilado de la esperanza (o quizá la reducción) que era Viola.

—Cuéntame más sobre ti —dijo Izzie, que arrancó una ramita de perifollo del seto y estropeó el momento.

—¿Qué quieres saber de mí? —contestó él, intrigado; la euforia se había evaporado y los misterios volvieron a ocultarse tras un velo.

Más adelante, en el internado, aprendería de memoria el poema «La voz», de Brooke («El hechizo se rompió, la clave me eludió»), una descripción adecuada de ese momento, pero a esas alturas lo habría olvidado, pues tales sensaciones eran de naturaleza efímera.

—Lo que sea —respondió Izzie.

—Bueno, pues tengo once años.

—Eso ya lo sé, tonto. —(En realidad, él dudaba que lo supiera)—. ¿Qué te hace ser como eres? ¿Qué te gusta hacer? ¿Quiénes son tus amigos? ¿Tienes un chisme de esos...? Ya sabes... —Izzie rebuscó en un vocabulario que le era ajeno—, lo de David y Goliat, ese trasto como un gran tirachinas...

—¿Una catapulta?

—¡Sí! Para ir por ahí dándole a la gente y matando cosas y todo eso.

—¿Matando cosas? ¡No! Yo jamás haría eso. —(Su hermano Maurice, sí)—. Ni siquiera sé dónde está. Solía usarla para hacer caer castañas del árbol.

Izzie pareció decepcionada ante su pacifismo, pero eso no impidió que siguiera con su interrogatorio.

—¿Y aprietos? Tienes que haberte metido en alguno, todos los niños lo hacen, ¿no? Se meten en líos y hacen travesuras.

—¿Apretos? —Teddy recordó con cierto espanto el incidente con la pintura verde.

—¿Eres boy scout? —le preguntó ella, y en broma se puso firme e hizo un enérgico saludo militar—. Apuesto a que estás con los scouts. «La amistad y la unión, nuestro afán», y todo eso.

—Lo fui —murmuró Teddy—. Antes era un lobato.

Aquel no era un tema que deseara explorar con su tía, pero lo cierto es que le resultaba imposible mentir, como si le hubieran echado un maleficio al nacer. Sus dos hermanas, e incluso Nancy, eran capaces de mentir tranquilamente si era

necesario, y Maurice y la verdad (o la Verdad) no se llevaban muy bien; en cambio, Teddy era sincero hasta límites deplorables.

—¿Te echaron de los scouts? —le preguntó Izzie con entusiasmo—. ¿Te destituyeron? ¿Hubo algún escándalo terrible?

—Claro que no.

—Cuéntame, ¿qué pasó?

«Lo que pasó fue la organización de los Kibbo Kift», se dijo Teddy. Si mencionaba siquiera esas palabras, quizá tendría que darle explicaciones durante horas.

—¿Kibbo Kift? —le preguntó Izzie—. Parece el nombre de un payaso.

—¿Qué me dices de las golosinas? ¿Te gustan mucho, por ejemplo? Y si es así, ¿de qué clase? —Apareció una libretita, lo que alarmó a Teddy—. Ay, no te preocupes por esto. Hoy en día todo el mundo toma notas. Bueno..., ¿golosinas?

—¿Golosinas?

—Sí, golosinas —afirmó Izzie; luego soltó un suspiro y añadió—: ¿Sabes qué, mi querido Teddy? Es que no conozco a ningún niño, aparte de ti. Me he preguntado muchas veces qué interviene en la creación de un niño, de qué está hecho, aparte de buena pasta, claro. Y un niño —continuó— es un hombre en ciernes. El niño en el interior del hombre, el hombre en el interior del niño y todo eso. —Al decir esto último pareció distraída por la contemplación del perifollo—. Por ejemplo, me pregunto si de mayor serás como tu padre.

—Eso espero.

—Ay, no debes conformarte con lo corriente, yo nunca lo haré, desde luego. ¡Deberías convertirte en un corsario! —Empezó a hacer trizas el perifollo—. Los hombres dicen que las mujeres son criaturas misteriosas, pero a mí solo me parece una artimaña para que no veamos hasta qué punto ellos son absolutamente incomprensibles. —Pronunció esas dos últimas palabras en voz muy alta y con gran irritación, como si pensara en una persona en concreto. («Anda siempre liada con algún hombre», había oído decir Teddy a su madre)—. ¿Y qué me dices de las niñas?

—¿Qué pasa con ellas? —preguntó él, desconcertado.

—Bueno, ya sabes..., ¿tienes alguna «amiga especial», una niña que te guste? —Puso cara de tontorrón y esbozó una sonrisita, con las que él supuso que intentaba (sin conseguirlo) expresar un idilio o alguna chorrada por el estilo.

Teddy se ruborizó.

—Me ha dicho un pajarito —continuó Izzie sin darle tregua— que te hace tilín una de las niñas vecinas.

«¿Qué pajarito? », se preguntó Teddy. Nancy y sus hermanas —Winnie, Gertie, Millie y Bea— vivían junto a la Guarida del Zorro, en una casa llamada Las Grajillas. Muchas de esas aves pasaban la noche en el bosque y tenían preferencia por el jardín de los Shawcross, al que la señora de la casa arrojaba tostadas frías todas las mañanas.

Teddy no estaba dispuesto bajo ninguna circunstancia a entregarle Nancy a Izzie, ni siquiera bajo tortura, y aquello lo era. No pronunciaría su nombre para que Izzie lo mancillara con sus labios y se burlara de ella. Nancy era su amiga, su compañera del alma, no la novia bobalicona y cursi que insinuaba Izzie. Sí, por supuesto que algún día se casaría con Nancy y la querría, pero el suyo sería el amor puramente cortés de un caballero. Lo cierto es que no acababa de comprender ninguna otra clase de amor. Había visto al toro con las vacas y, según Maurice, la gente también hacía eso, incluidos sus padres, añadió con una risita burlona. Teddy estaba casi seguro de que mentía. Hugh y Sylvie eran demasiado dignos para semejantes acrobacias.

—Madre mía, ¿te has sonrojado? —cacareó Izzie—. ¡Ay, me parece que he descubierto tu secreto!

—Gominolas con forma de pera —soltó Teddy con la intención de poner fin a aquel interrogatorio.

—¿Qué pasa con ellas? —quiso saber Izzie. (Se distraía con facilidad.) Arrojó al suelo el perifollo destrozado. La naturaleza no le importaba lo más mínimo. Tan poco interés le despertaba que habría pisoteado el prado, destrozado a patadas nidos de avefrías, aterrorizado a los ratones de campo. Su sitio estaba en la ciudad, en un mundo de máquinas.

—Son mis golosinas favoritas —contestó él.

Al volver una curva, se encontraron con las vacas lecheras, que se abrían paso a hociquitos y empujones por el sendero a su regreso tras ser ordeñadas. «Debe de ser tarde», se dijo Teddy. Confiaba en no haberse perdido el té.

—Oh, campanillas azules, qué preciosidad —exclamó su madre cuando cruzaron la puerta de entrada.

Llevaba un vestido de noche y también se la veía preciosa. Según Maurice, su madre tenía muchos admiradores en el internado en el que Teddy estaba a punto de ingresar. Teddy se sentía orgulloso de que la consideraran una belleza.

—¿Qué demonios habéis estado haciendo todo este rato? —quiso saber Sylvie.

Le planteó la pregunta a Teddy, pero iba dirigida a Izzie.

Envuelta en pieles, Sylvie contempló su reflejo en el espejo del dormitorio. Se levantó el cuello de la capa de noche corta para enmarcar el rostro. Un examen crítico. Antaño, el espejo era su amigo, pero ahora tenía la sensación de que la contemplaba con indiferencia.

Se llevó una mano al cabello, «corona de su belleza», un nido de peinetas y horquillas. Era un pelo ya pasado de moda, la impronta de una matrona a quien los tiempos habían dejado atrás. ¿Debería cortárselo? Hugh se sentiría desconsolado. De pronto recordó algo: un retrato al carbón esbozado por su padre poco antes de morir. Sylvie posando como un ángel, lo llamaba él. Ella tenía dieciséis años, se veía recatada con el largo vestido blanco —un camisón, de hecho, bastante fino— y su rostro se había vuelto para exhibir ante su padre la preciosa cascada de su cabello.

«Pon cara de profunda tristeza —le indicó su padre—. Piensa en la caída de Adán.»

A Sylvie, que tenía toda una vida deliciosamente desconocida por delante, le costó lo suyo que semejante tema la preocupara, pero aun así esbozó un gracioso mohín y contempló distraída la pared del fondo del enorme estudio de su padre.

La pose era muy incómoda, y recordaba cómo le habían dolido las costillas, cómo la hacía sufrir el arte de su padre. El gran Llewellyn Beresford, retratista de los ricos y famosos, un hombre que a su muerte no dejó más que deudas. Sylvie aún sentía la pérdida, no de su padre sino de la vida que él había erigido sobre lo que había resultado una estructura sin base.

—Lo que siembres cosecharás —se lamentó su madre en voz baja—. Pero es él quien ha sembrado y nosotras quienes no hemos cosechado nada.

Tras su muerte se llevó a cabo una humillante subasta por quiebra y la madre de Sylvie insistió en que acudieran, como si necesitaran ver pasar ante ellas cada objeto que habían perdido. Se sentaron en el anonimato (eso esperaban) en la última fila y observaron el desfile de sus bienes terrenales ante los ojos de todos. En algún momento hacia el final de dicha mortificación salió a la venta el esbozo de Sylvie. Se anunció como «Lote 182. Retrato al carbón de la hija del artista»; por lo visto, Sylvie ya no tenía naturaleza angélica alguna. Su padre debería haberle puesto un halo y unas alas, y así su propósito habría quedado claro. Ahora ya solo parecía una muchacha guapa y huraña en camisón.

Un tipo gordo y con cierta pinta de sinvergüenza levantó el puro en cada ronda de pujas, y por fin le vendieron a Sylvie por tres libras, diez chelines y seis peniques.

—Qué barato —murmuró su madre.

«Y ahora lo sería más incluso», se dijo Sylvie. Los cuadros de su padre habían dejado de estar de moda después de la guerra. Se preguntó dónde se encontraría ahora su retrato. Le gustaría recuperarlo. Semejante pensamiento la irritó, un ceño fruncido en el espejo. Cuando la renqueante subasta concluyó por fin («Un lote que consta de un par de morillos de latón, un hornillo de mesa de plata, deslustrado, y una jarra de cobre grande»), salieron en tropel de la sala con la multitud y oyeron casualmente al tipo con pinta de sinvergüenza decirle a pleno pulmón a su acompañante:

—Voy a disfrutar contemplando a esta jovencita tan carnosa.

La madre de Sylvie soltó un chillido, uno discreto, pues no era de las que armaban revuelo, y tironeó de su ángel inocente para que no oyera tales palabras.

«Degradado, todo está degradado», pensó Sylvie. Desde el principio mismo, desde la caída del hombre. Se ajustó el cuello de la capa. Hacía demasiado calor para llevarla, pero pensaba que las pieles le daban el mejor aspecto posible. La capa era de zorro polar, lo que la entristecía un poco porque los zorros que visitaban el jardín suscitaban su cariño; la casa se llamaba así por ellos. ¿Cuántos zorros serían necesarios para hacer una capa? Al menos no tantos como para un abrigo. En su armario colgaba un visón, un regalo de Hugh por su décimo aniversario de boda. Tenía que mandarlo al peletero, hacía falta remodelarlo para que fuera más moderno.

—Como me pasa a mí —le dijo al espejo.

Izzie tenía un abrigo nuevo con forma de capullo. De marta cibelina. ¿Cómo había conseguido Izzie sus pieles, si no tenía dinero?

—Fue un regalo —dijo.

De un hombre, por supuesto, y ningún hombre te regalaba un abrigo de pieles sin esperar algo a cambio. Excepto si era tu marido, claro, que no esperaba más que una modesta gratitud.

Sylvie llevaba tal cantidad de perfume que podría haberse desvanecido; lo había derramado una mano temblorosa, pese a que no solía dejarse llevar por los nervios. Pasaría la velada en Londres. En el tren habría un ambiente caluroso y muy cargado, y en la ciudad sería aún peor; tendría que sacrificar su capa de piel. Al igual que los zorros se habían sacrificado por ella. Ahí, oculta en algún sitio, había alguna clase de ironía, de las que le gustaban a Teddy, no a la propia Sylvie. Ella no tenía sentido del humor. Era un defecto de carácter.

La fotografía sobre el tocador, un retrato de estudio tomado tras el nacimiento de Jimmy, llamó su atención sin pretenderlo. Aparecía sentada. Su nuevo bebé, con el faldellín de bautizo, una prenda enorme que llevaban todos los Todd, parecía desbordarse en sus brazos mientras el resto de su prole se había dispuesto con ingenio en torno a ella para dar la impresión de que la adoraban. Sylvie recorrió con un dedo el marco de plata, en un gesto que pretendía ser cariñoso pero que solo encontró polvo. Tenía que hablar seriamente con Bridget. La muchacha se había vuelto dejada. («Todos los criados acaban por volverse contra sus señores», la había advertido su suegra poco después de que Sylvie y Hugh se casaran.)

Un alboroto en el piso de abajo solo podía indicar el regreso de Izzie. Sylvie se quitó las pieles a regañadientes y se puso el ligero abrigo de noche para el que solo se habían sacrificado afanados gusanos de seda. Se caló el sombrero en la cabeza. Su peinado pasado de moda no estaba en consonancia con los gorros y las boinas que imperaban entonces, de modo que aún llevaba un chapeau. Sin querer, se pinchó con el largo alfiler de sombrero de plata. (¿Podrías matar a alguien con un alfiler de sombrero? ¿O solo herirlo?) Musitó una imprecación a los dioses que provocaban que los rostros de sus hijos la mirasen con tanto reproche desde la fotografía. Y ya podían hacerlo, se dijo. No tardaría en cumplir cuarenta años, y semejante perspectiva hacía que se sintiera insatisfecha consigo misma. («Más insatisfecha», fue el comentario de Hugh.) Captaba impaciencia a sus espaldas y temeridad ante sí.

Se contempló una última vez. Bastante bien, supuso; no era ni mucho menos la opinión con la que le habría gustado conformarse. Hacía dos años que no veía a aquel hombre. ¿Seguiría considerándola una belleza? Le había dicho que lo era. ¿Existía alguna mujer sobre la faz de la tierra que pudiera resistirse a que la tildaran de belleza? Pero Sylvie sí se había resistido y permanecido casta.

—Soy una mujer casada —había repetido remilgadamente.

—Entonces no deberías prestarte a este juego, querida —contestó él—. Las consecuencias podrían ser espantosas para ti..., para nosotros.

Se rió ante semejante idea, como si fuera atractiva. Tenía razón: ella lo había incitado, para encontrarse después con que era un callejón sin salida.

Él se había marchado al extranjero, a las colonias, con el fin de llevar a cabo un trabajo importante para el Imperio, pero ahora había vuelto, y a Sylvie la vida se le escurría como agua entre las manos y ya no sentía inclinación a mostrarse remilgada.

La recibió un enorme ramo de campanillas azules.

—Oh, campanillas azules, qué preciosidad —le dijo a Teddy.

Su niño. Tenía dos varones más, pero a veces ni siquiera parecían contar. Sus hijas no eran necesariamente objetos de su afecto, sino más bien problemas que resolver. Solo uno de sus vástagos tenía el corazón de Sylvie en su mugriento puño.

—Ve a lavarte antes del té, cariño —le indicó al niño, y añadió—: ¿Qué demonios habéis estado haciendo todo este rato?

—Conocernos mejor —contestó Izzie—. Es un niño adorable. Vaya, qué glamurosa se te ve, Sylvie. Y sería capaz de olerte desde cien yardas de distancia. Toda una femme séduisante. ¿Tienes planes? Cuenta, cuenta.

Sylvie la miró furibunda, pero no respondió porque la distrajo la visión de los zapatos de cocodrilo verde llenos de barro sobre la alfombra de Voyage.

—Fuera —exclamó mientras ahuyentaba a Izzie hacia la puerta principal—. Fuera.

—Mancha maldita —murmuró Hugh, que entró en el vestíbulo procedente de su estudio cuando Izzie enfilaba indignada el sendero. Volviéndose hacia Sylvie, añadió—: Estás preciosa, cariño.

Oyeron cómo Izzie arrancaba el motor del Sunbeam y el perturbador sonido mientras se alejaba pisando a fondo el acelerador. Conducía como el señor Sapo, con muchos bocinazos y usando poco el freno.

—Tarde o temprano matará a alguien —comentó Hugh, un conductor impecable—. Y pensaba que no tenía un céntimo. ¿Qué habrá hecho para costearse otro coche?

—Nada decente, tenlo por seguro —terció Sylvie.

Teddy se libró por fin de los horribles desvaríos de Izzie, pero aún tuvo que sufrir el interrogatorio habitual de su madre hasta que se convenció de que el contacto con Izzie no había corrompido en algún sentido a uno de sus hijos.

—Nunca le faltan motivos —fue su misterioso comentario.

Al final, Teddy quedó libre para ir en busca de la cena, algo apañada a base de tostadas y sardinas puesto que era la tarde libre de la señora Glover.

—Ha comido alondra —comentó a sus hermanas en la mesa—. En Italia, aunque da igual dónde lo haya hecho.

—Una alondra herida en el ala —dijo Ursula, y cuando Teddy la miró sin comprender, aclaró—: Es de Blake. «Una alondra herida en el ala / un querubín cesa de cantar».

—Confiemos en que algo se la coma a ella —añadió alegremente Pamela, más práctica.

Pamela iba a estudiar ciencias en la Universidad de Leeds. Estaba deseando marcharse al «tonificante norte», donde vivía gente «real».

—¿Es que nosotros no somos lo bastante reales? —gruñó Teddy dirigiéndose a Ursula.

Esta se rió y dijo:

—¿Qué es real y qué no?

A él, que no tenía ocasión de poner en duda el mundo fenoménico, le pareció una pregunta absurda. Real era lo que podías ver, saborear y tocar.

—Pues te dejas al menos dos sentidos —señaló Ursula.

El bosque y las campanillas azules, el búho y el zorro eran reales, y el tren eléctrico Hornby que traqueteaba en el suelo de la habitación de Teddy y el olor de un pastel haciéndose en el horno. Y la alondra que ascendía por la hebra de su canto.

Descripción de la velada en la Guarida del Zorro:

Tras llevar a Sylvie a la estación, Hugh se retiró de nuevo a su estudio con un vaso pequeño de whisky y un puro a medio fumar. Era un hombre que hacía gala de moderación en sus costumbres, más por instinto que por una elección consciente. Que Sylvie fuera a la ciudad era insólito.

—Voy al teatro y a cenar con unos amigos —dijo—. Pasaré la noche allí.

Era un espíritu inquieto, una característica desafortunada en una esposa, pero Hugh debía confiar en ella en todos los aspectos o el edificio entero del matrimonio se vendría abajo.

Pamela estaba en el saloncito, con la nariz metida en un libro de texto de química. Había suspendido el examen de ingreso en Girton y en realidad no quería aventurarse en el «tonificante norte» pero, como acostumbraba a decir Sylvie (de un modo irritante), «no quedaba otro remedio». Pamela esperaba (para sus adentros) tener por delante premios fastuosos y una carrera brillante, y ahora temía no ser la mujer audaz que quería.

Ursula, espatarrada en la alfombra a los pies de Pamela, conjugaba verbos irregulares en latín.

—Ay, menudo placer —le dijo a Pamela—. Después de esto, la vida solo puede volverse mejor.

Pamela se rió.

—No estés tan segura.

Jimmy, sentado a la mesa de la cocina en pijama, tomaba leche con galletas antes de irse a la cama. La señora Glover, la cocinera, no toleraba que se contaran mitos ni fábulas, de modo que Bridget aprovechaba la falta de supervisión para entretener a Jimmy con un relato bastante embrollado y aun así escalofriante sobre «los puca» mientras fregaba las cacerolas. La señora Glover estaba en su casa, donde dormitaba con los pies apoyados sobre el guardafuegos de la chimenea y un vasito de cerveza negra a mano.

Entretanto, Izzie, en el camino, canturreaba para sí «Alouette». Tenía la melodía firmemente alojada en el cerebro.

—Je te plumerai —bramaba de manera poco melodiosa—. Je te plumerai.

«Te desplumaré.» La guerra fue espantosa, desearía no haberla recordado. Había formado parte del CEPA —una sigla bastante absurda, en su opinión—, el Cuerpo de Enfermería de Primeros Auxilios. Conducía ambulancias, pese a que nunca había conducido ni un coche, pero al final acabó haciendo toda clase de tareas espantosas. Recordaba la limpieza de las ambulancias al final de la jornada: sangre, fluidos y desechos por doquier. Recordaba también las mutilaciones, los esqueletos calcinados, los pueblos en ruinas, los miembros sobresaliendo entre el barro y la tierra. Y los cubos de gasas mugrientas y vendas empapadas de pus y las terribles heridas supurantes de los pobres muchachos. No era de extrañar que la gente deseara olvidar todo aquello; que quisieran divertirse un poco, por el amor de Dios. Le concedieron una Croix de Guerre. En casa nunca se lo contó a nadie. A su llegada, la metió en un cajón. Bien mirado, lo suyo no significaba nada en comparación con lo que habían sufrido aquellos pobres chicos.

Durante la guerra se había comprometido dos veces, y ambos hombres murieron tan solo unos días después de proponerle matrimonio y mucho antes de que ella escribiera una carta a casa comunicando la feliz noticia. Acompañó al segundo de ellos cuando murió. Lo encontró por casualidad en un hospital de campaña al que su ambulancia llevaba a los heridos. Al principio no lo reconoció, ya que estaba destrozado por el fuego de artillería. La jefa de sala, que andaba corta de enfermeras y camilleros, la animó a quedarse con él.

—Tranquilo, tranquilo —lo calmó Izzie.

Montaba guardia ante su lecho de muerte a la luz amarillenta y aceitosa de un candil. Al final, él llamó a su madre, todos lo hacían. Izzie no se imaginaba llamando a Adelaide en su lecho de muerte.

Alisó las sábanas de su prometido, le besó la mano, puesto que no quedaba mucha cara que besar y le comunicó a un camillero que había muerto. Nada de eufemismos. Luego volvió a su ambulancia y fue en busca de más heridos.

Se escabulló de un tercero, un muchacho más bien tímido, un capitán llamado Tristan, que se ofreció a atarle un pedazo de cordel en el dedo. («Lo siento, es cuanto tengo. Cuando todo esto haya acabado habrá un magnífico brillante para ti. ¿No? ¿Estás segura? Le harías un enorme favor a un tipo como yo.») En un gesto insólito por lo desinteresado, Izzie pensó que tenía mala suerte y libraría de ella a aquel chico, lo cual fue ridículo por su parte teniendo en cuenta que todos aquellos oficiales jóvenes y encantadores estaban prácticamente sentenciados con o sin su ayuda.

Tras rechazarlo, Izzie no volvió a ver a Tristan; de hecho, lo dio por muerto (los daba a todos por muertos), pero un año después de que acabara la guerra estaba hojeando las páginas de sociedad cuando se encontró con una foto suya saliendo de Saint Mary Undercroft. A esas alturas era miembro del Parlamento, y resultó que estaba podrido de dinero de la fortuna familiar. Sonreía de oreja a oreja a la novia absurdamente joven que llevaba del brazo y, si se miraba con lupa, lucía en el dedo

un brillante que en efecto se veía magnífico. Izzie supuso que lo había salvado, pero lo triste era que no se había salvado a sí misma. Tenía veinticuatro años cuando la Gran Guerra llegó a su fin, y comprendió que había agotado todas sus posibilidades.

Su primer prometido se llamaba Richard. Aparte de eso, lo había conocido muy poco. Creía recordar que participaba en las cacerías del duque de Beaufort. Le dio el «sí» por puro capricho, pero sí estuvo locamente enamorada de su segundo novio, el muchacho cuya muerte presencié en el hospital de campaña. Lo quería y, mejor incluso, él la quería a ella. Pasaron sus breves momentos juntos imaginando un futuro encantador: paseos en barca, montar a caballo, bailar. Comida, risas, sol. Champán para brindar por su buena suerte. Sin barro, sin la interminable y espantosa carnicería. Se llamaba Augustus, aunque sus amigos lo llamaban Gussie. Unos años después, Izzie descubrió que la ficción podía ser un medio de resurrección tanto como de preservación.

—Cuando todo lo demás ha desaparecido, queda el arte —le diría a Sylvie durante la guerra siguiente.

—¿Las aventuras de Augustus es arte? —le preguntaría Sylvie arqueando una elitista ceja.

Para Augustus no había mayúscula. La definición de arte de Izzie era más amplia que la de Sylvie, por supuesto.

—El arte es cualquier cosa creada por una persona para el disfrute de otra.

—¿Incluido Augustus? —le preguntaría Sylvie, y soltaría una carcajada.

—Incluido Augustus —contestaría Izzie.

Aquellos pobres muchachos de la Gran Guerra no eran mucho mayores que Teddy. Ese día hubo un momento con su sobrino en que la ternura que sentía hacia él casi la había abrumado. Ojalá pudiera protegerlo de todo mal, del dolor que el mundo (inevitablemente) le causaría. Ella tenía un hijo propio, por supuesto, que había dado a luz con dieciséis años y entregado a toda prisa en adopción, una escisión tan limpia y rápida que nunca pensaba en el niño. Así que quizá fue mejor que en cuanto sintió el impulso de tender la mano y acariciarle el pelo a Teddy, él se inclinara de pronto y dijera:

—Oh, mira, un luciérnaga. —Y ella se quedara palpando aire.

—Menudo niño raro eres —dijo, y durante un instante vio la cara destrozada de Gussie cuando yacía moribundo en su catre de campaña. Y luego los rostros de aquellos pobres muchachos muertos, una fila tras otra de ellos extendiéndose interminablemente. Los muertos.

Aceleró para huir de ese recuerdo lo más rápido posible, dio un volantazo justo a tiempo para esquivar a un ciclista, haciendo que se bamboleara hasta el arcén, desde donde soltó insultos a gritos al parachoques trasero del irresponsable Sunbeam que se alejaba. Arduis invictus, ese era el lema del CEPA. «Invencibles ante las privaciones.» Terriblemente aburrido. Izzie ya había pasado por suficientes privaciones, gracias.

El coche recorría las carreteras como un bólido. El germen de Augustus había brotado ya en la mente de Izzie.

Maurice, ausente de aquella lista, estaba embutiéndose en un frac para asistir a una cena del club Bullingdon en Oxford. Antes de que la velada concluyera, y tal como exigía la tradición del club Bullingdon, el restaurante quedaría destrozado. A la gente le habría sorprendido saber que en el interior de aquel caparazón almidonado se retorció una criatura blanda y llena de dudas y pesar. Maurice estaba resuelto a que esa criatura nunca viera la luz del día y a que en un futuro no muy lejano acabara fundiéndose con el caparazón en sí, un caracol que jamás podría escapar de su concha.

Una «cita». La palabra en sí ya sonaba pecaminosa. Él había reservado dos habitaciones en el Savoy. Se habían encontrado allí antes de que él se marchara, pero de forma inocente (relativamente), en espacios públicos.

—Habitaciones contiguas —puntualizó él.

Sin duda el personal del hotel estaría al corriente del propósito del término «contiguas», ¿no? Qué vergüenza. El corazón de Sylvie latía desbocado en su pecho cuando cogió un taxi desde la estación al hotel. Era una mujer a punto de sucumbir.

La tentación de Hugh.

—«El sol con sus rayos ardientes de gloria imperecedera.»

Hugh cantaba para sí en el jardín. Había salido del estudio para dar un paseíto después de la cena (si se le podía llamar cena). Del otro lado del seto de acebo que separaba la Guarida del Zorro de Las Grajillas le llegó una cadencia en respuesta:

—«Y observa su llama esa plácida dama: su alteza celestial la luna».

Y al parecer así fue como, tras haberse deslizado por el hueco en el seto que habían creado los niños mediante años de uso, se encontró en el invernadero de los Shawcross rodeando con los brazos a Roberta Shawcross. (Tanto él como la señora Shawcross habían participado en una reciente puesta de escena amateur de El Mikado en la zona. Se habían sorprendido tanto a sí mismos como mutuamente con la energía de sus improbables interpretaciones de Ko-Ko y Katisha.)

«El sol y la luna —se dijo él—, los elementos masculino y femenino.» ¿Qué habría pensado de haber sabido que esos serían un día los nombres de sus bisnietos?

—Señora Shawcross —dijo al aparecer al otro lado del seto, con bastantes arañazos del acebo. Comprendió que los críos que utilizaban aquel atajo eran bastante más menudos que él.

—Ay, por favor, Hugh, llámame Roberta.

Qué desconcertante, por lo íntimo, le sonaba a él ese nombre en los labios de ella, unos labios húmedos y carnosos acostumbrados a prodigar alabanzas y ánimos a todo el mundo.

La notó caliente. Y no llevaba corsé. Vestía de una forma más bien bohemia; también era vegetariana y pacifista, y luego, cómo no, estaba toda esa cuestión del sufragio. Aquella mujer era una idealista tremenda. No podía sino admirarla. (Hasta cierto

punto, en cualquier caso.) Tenía creencias y pasiones más allá de ella. Las pasiones de Sylvie eran tormentas que se desataban en su interior.

Hugh estrechó con más fuerza a la señora Shawcross y la sintió responder.

—Madre mía —soltó ella.

—Sí, lo sé —contestó él.

Si algo tenía la señora Shawcross —Roberta— era su capacidad de comprender la guerra. Tampoco es que Hugh deseara hablar sobre ella —no, por Dios—, pero la compañía de alguien que la entendiera lo reconfortaba. Al menos un poquito. El comandante Shawcross tuvo algunos problemas a su regreso del frente y su mujer se mostró muy comprensiva. En la guerra eras testigo de escenas horribles, ninguna de ellas temas adecuados para la conversación en casa, y, por supuesto, Sylvie no tenía intención de hablar sobre la guerra. Había supuesto un desgarrón en el tejido de sus vidas y ella lo había zurcido con pulcritud.

—Ay, qué manera más adecuada de expresarlo, Hugh —comentó la señora Shawcross (Roberta)—. Pero diría que, a menos que seas capaz de dar puntadas invisibles de tan perfectas, siempre quedará una cicatriz, ¿no?